

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 4. LA REDENCIÓN DEL CORAZÓN EN LA TEOLOGÍA DEL CUERPO

ESQUEMA

1) EL MISTERIO DE LA REDENCIÓN	1
2) CATEQUESIS 25 “NO COMETERÁS ADULTERIO”	1
3) CATEQUESIS 34 EL MATRIMONIO A LA LUZ DEL SERMÓN DE LA MONTAÑA	4
4) CATEQUESIS 49 LA REDENCIÓN DEL CUERPO	6
5) CONCRETANDO	9
6) PRÁCTICA FAMILIAR	9

1) *El misterio de la redención*

Comenzamos un nuevo trimestre y retornamos a las catequesis de Juan Pablo II para profundizar en el segundo ciclo, titulado *La redención del corazón*. Si en el primer ciclo la referencia fundamental era el misterio de la creación, ahora el centro se sitúa en el misterio de la redención. Este nuevo ciclo lo componen cuarenta catequesis (24-63) que tienen su punto de partida en Mt 5,27-28, un texto del Sermón del Monte, en el que Jesús afina la doctrina sobre el adulterio de la antigua alianza.

Sabemos bien la importancia que tuvo en la vida del santo Papa esta cuestión central de la fe en la que Cristo salva al hombre del pecado y de la muerte para ofrecerle el don de su vida divina. Como recordamos muchos de los títulos de sus encíclicas y documentos incluyen el término: *Redemptor hominis, Redemptoris missio, Redemptionis donum, Redemptoris mater,...*

Hemos elegido tres catequesis de este segundo ciclo como introducción a su lectura. Como ya pudimos constatar el trimestre pasado, son textos que requieren varias lecturas y ser trabajados. Pero estamos ciertos que nos ayudarán a penetrar en el corazón de nuestra vida conyugal y familiar.

2) *Catequesis 25 “No cometerás adulterio”*

1. Recordamos las palabras del sermón de la montaña, a las que nos referimos en el presente ciclo de nuestras reflexiones: «habéis oído —dice el Señor— que se dijo: no cometerás adulterio; pero yo os digo: todo el que mira a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,27-28).

El hombre al que Jesús se refiere aquí es precisamente el hombre «histórico», aquél del que hemos descubierto el «principio» y la «prehistoria



teológica» en la anterior serie de análisis. Directamente, ese hombre es el que escucha con sus propios oídos el sermón de la montaña. Pero también se encuentran situados frente a ese momento de la historia, junto con él, todos los demás hombres, ya sea en el inmenso espacio del pasado o en el igualmente amplio del futuro. A este «futuro» situado frente al sermón de la montaña pertenece también nuestro presente, nuestra contemporaneidad. Este hombre es, en cierto sentido, «cada» hombre, «cada uno» de nosotros. Tanto si es el hombre del pasado como si es el del futuro, puede tratarse de aquel que conoce el mandamiento positivo «no cometerás adulterio» como «contenido de la Ley» (cf. *Rom 2,22-23*); pero puede igualmente tratarse de aquel que, según la Carta a los Romanos, tiene este mandamiento solamente «escrito en el (su) corazón» (*Rom 2,15*). A la luz de las reflexiones desarrolladas anteriormente, se trata de ese hombre que desde su “principio” ha adquirido un preciso sentido del significado del cuerpo, ya antes de cruzar «el umbral» de sus experiencias históricas, en el misterio mismo de la creación, puesto que de él surge «como hombre y mujer» (*Gn 1,27*). Se trata del hombre histórico, que al «principio» de su acontecer terreno se ha encontrado «dentro» del conocimiento del bien y del mal, rompiendo la Alianza con su Creador. Se trata del hombre-varón, que «conoció a (la mujer) su mujer» y la «conoció» varias veces, y ella «concibió y dio a luz» (cf. *Gn 4,1-2*) en conformidad con el plan del Creador, que se remontaba al estado de la inocencia originaria (cf. *Gn 1,28; 2,24*).

2. En el sermón de la montaña, Cristo se dirige, especialmente con las palabras de *Mt 5,27-28*, precisamente a ese hombre. Se dirige al hombre de un determinado momento de la historia y a la vez a todos los hombres, pertenecientes a la misma historia humana. Se dirige como ya hemos constatado, al hombre «interior». Las palabras de Cristo tienen un explícito *contenido antropológico*, tocan esos significados perennes por medio de los cuales se constituye la antropología «adecuada». Estas palabras, mediante su contenido ético, constituyen esta antropología y simultáneamente exigen, por así decirlo, que el hombre entre en su plena imagen (a). El hombre que es «carne», y que en cuanto varón, a través de su cuerpo y sexo, permanece en relación con la mujer (pues también esto indica la expresión «no cometerás adulterio»), debe, a la luz de estas palabras de Cristo, reencontrarse en su interior, en su «corazón». El «corazón» es esta dimensión de la humanidad, con la que está vinculado directamente el sentido del significado del cuerpo humano y el orden de este sentido. Se trata aquí tanto de ese significado que en los anteriores análisis hemos llamado «esponsal», como del que hemos denominado «generador». Y ¿de qué orden se trata?

3. Esta parte de nuestras consideraciones debe responder precisamente a esta pregunta, mediante una respuesta que alcance no sólo a las razones éticas, sino también a las antropológicas; ambas, en efecto, permanecen en recíproca relación. Por ahora, de modo preliminar, es necesario establecer el significado del texto de *Mt 5,27-28*, el significado de las expresiones usadas en él y su recíproca relación. El adulterio, al que el citado mandamiento se refiere directamente, significa la infracción de la unidad. De esa unidad mediante la cual el hombre y la mujer, solamente como cónyuges, pueden unirse tan estrechamente que lleguen a ser «una sola carne» (*Gn 2,24*). El hombre comete adulterio si se une de este modo con una mujer que no es su esposa. También la mujer comete adulterio si se une de este modo con un hombre que no es su marido. Es necesario deducir de esto que



«el adulterio en el corazón», cometido por el hombre cuando «mira a una mujer para desearla», significa un acto interior bien definido. Se trata, en este caso, de un deseo dirigido desde un hombre hacia una mujer que no es su esposa, a fin de unirse con ella como si lo fuera, es decir —usando una vez más las palabras de *Gn* 2,24— de tal manera que «los dos sean una sola carne». Tal deseo, como acto interior, se expresa por medio del sentido de la vista, es decir, con la mirada, como en el caso de David y Betsabé, por servirnos de un ejemplo sacado de la Biblia (cf. *2 Sm* 11,3). La relación del deseo con el sentido de la vista ha sido puesto particularmente de relieve en las palabras de Cristo.

4. Estas palabras no dicen claramente si la mujer —objeto del deseo— es la mujer de otro o si simplemente no es la mujer del hombre que la mira de ese modo. Puede ser la mujer de otro, o puede no estar ligada por el matrimonio. Es necesario, más bien, intuirlo, basándonos especialmente en la expresión que define como adulterio precisamente lo que el hombre ha cometido «en su corazón» con la mirada. De lo cual se deduce correctamente que una mirada de deseo dirigida hacia la propia mujer no es adulterio «en el corazón», precisamente porque el correspondiente acto interior del hombre se refiere a la mujer que es su esposa, y el adulterio no puede verificarse respecto a ella. Si en la relación del hombre en cuestión con la mujer que es su esposa, el acto conyugal —en cuanto acto exterior en el que «los dos se unen de modo que llegan a ser una sola carne» — es lícito, análogamente también es conforme a la ética el acto interior de la misma relación.

5. En no menor medida, sin embargo, ese deseo indicado por la expresión «todo el que mira a una mujer para desearla» tiene una propia dimensión bíblica y teológica que aquí no podemos menos que aclarar. Aun cuando esa dimensión no se manifiesta directamente en esta única expresión concreta de *Mt* 5,27-28, sin embargo, está profundamente enraizada en el contexto global, que se refiere a la revelación del cuerpo. A este contexto debemos remontarnos, con el fin de que la apelación de Cristo «al corazón», al hombre interior, resuene en toda la plenitud de su verdad. La citada enunciación del sermón de la montaña (*Mt* 5,27-28) tiene fundamentalmente un carácter indicativo. Que Cristo se dirija directamente al hombre como a aquél que «mira una mujer para desearla», no quiere decir que sus palabras, en su sentido ético, no se refieran también a la mujer. Cristo se expresa así para ilustrar con un ejemplo concreto cómo se debe comprender «el cumplimiento de la Ley», según el significado que le ha dado Dios-Legislador, y además cómo debe ser entendido ese «sobreabundar de la justicia» en el hombre que observa el sexto mandamiento del Decálogo. Al hablar de este modo, Cristo no sólo quiere que nos detengamos en el ejemplo en sí mismo, sino también que penetremos en el pleno sentido ético y antropológico del enunciado. Si éste tiene carácter indicativo, significa que, siguiendo sus huellas, podemos llegar a comprender la verdad general sobre el hombre «histórico», válida también para la teología del cuerpo. Las siguientes etapas de nuestras reflexiones tendrán la finalidad de acercarnos a la comprensión de esta verdad.

NOTAS

(a) Se trata de un concepto importante y que continuamente se repite en las catequesis: la conexión inseparable entre antropología y ética. Toda norma moral expresa siempre una verdad sobre el hombre (o sea, una verdad antropológica), en cuanto que esta verdad exige ser reconocida desde la libertad de la persona. Y,



recíprocamente, toda verdad sobre el hombre es norma para el hombre, sujeto libre.

3) **Catequesis 34 El matrimonio a la luz del Sermón de la Montaña**

1. Prosiguiendo nuestro ciclo, retomamos el sermón de la montaña, y precisamente el enunciado: «todo el que mira a una mujer para lesearcha, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (Mt 5,28). Jesús apela aquí al «corazón».

En su coloquio con los fariseos, Jesús, haciendo referencia al “principio” (cf. los análisis precedentes), pronunció las siguientes palabras referentes al libelo de repudio: «por la dureza de vuestro corazón os permitió Moisés repudiar a vuestras mujeres, pero al principio o fue así» (Mt 19,8). Esta frase comprende indudablemente una acusación. «La dureza de corazón» indica aquello que, según el *ethos* del pueblo del Antiguo Testamento, había fundado la situación contraria al originario plan de Dios-Yahvé según Gn 2,24. Y es allí donde es necesario buscar la clave para entender toda la legislación de Israel en el ámbito del matrimonio y, en un sentido más lato, en el conjunto de las relaciones entre hombre y mujer. Hablando de la «dureza de corazón», Cristo acusa, por así decirlo, al entero «sujeto interior» que es responsable de la deformación de la Ley. En el sermón de la montaña (Mt 5,27-28), Él hace también una llamada al «corazón», pero las palabras aquí pronunciadas no parecen solamente de acusación.

2. Debemos reflexionar una vez más sobre ellas, introduciéndolas lo más posible en su dimensión «histórica». El análisis hecho hasta ahora, tendente a analizar «el hombre de la concupiscencia» en su momento genético, como en el punto inicial de su historia entrelazada con la teología, constituye una introducción amplia, sobre todo antropológica, al trabajo que de nuevo es necesario emprender. La siguiente etapa de nuestro análisis deberá ser de carácter ético. El sermón de la montaña, y en particular el pasaje que hemos elegido como centro de nuestros análisis, forma parte de la proclamación del nuevo *ethos*: el *ethos* del Evangelio. En la enseñanza de Cristo, éste está fundamentalmente unido con la conciencia del «principio», y por lo tanto con el misterio de la creación en su originaria simplicidad y riqueza; y, al mismo tiempo, el *ethos* que Cristo proclama en el sermón de la montaña está dirigido de modo realista al «hombre histórico», convertido en hombre de la concupiscencia. La triple concupiscencia, en efecto, es herencia de toda la humanidad, y el «corazón» humano participa realmente de ella. Cristo, que conoce «lo que hay en cada hombre» (Jn 2,25), no puede hablar sino mostrándose consciente de ello. Desde este punto de vista, en las palabras de Mateo 5,27-28 no prevalece la acusación sino el juicio: el juicio realista sobre el corazón humano, juicio que por una parte tiene un fundamento antropológico y, por otra, un carácter directamente ético. Para el *ethos* del Evangelio es un juicio constitutivo.

3. En el sermón de la montaña Cristo se dirige directamente a un hombre que pertenece a una sociedad bien definida. También el Maestro pertenece a esa



sociedad, a ese pueblo. Por eso es necesario buscar en las palabras de Cristo una referencia a los hechos, a las situaciones, a las instituciones con las que estaba familiarizado cotidianamente. Es necesario que sometamos estas referencias a un análisis al menos sumario, con el fin de que se aprecie más claramente el significado ético de las palabras de Mateo 5,27-28. Sin embargo, con estas palabras, Cristo se dirige también, de modo indirecto pero real, *a cada hombre «histórico»* (entendiendo este adjetivo sobre todo en función teológica). Y este hombre es precisamente el «hombre de la concupiscencia», cuyo misterio y cuyo corazón es conocido por Cristo («El, en efecto, conocía lo que hay en cada hombre»: *Jn 2,25*). Las palabras del sermón de la montaña nos permiten establecer un contacto con la experiencia interior de este hombre casi en cada latitud y longitud geográfica, en las diferentes épocas, en los diversos condicionamientos sociales y culturales. El hombre de nuestro tiempo se siente llamado por su nombre por este enunciado de Cristo no menos que el hombre de entonces, al que el Maestro se dirigía directamente.

4. En esto reside la universalidad del Evangelio, que no es en absoluto una generalización. Quizás justo en este enunciado de Cristo que aquí sometemos a análisis se manifiesta con particular claridad. En virtud de este enunciado, el hombre de cada tiempo y de cada lugar se siente llamado de modo adecuado, concreto, irreplicable: porque precisamente Cristo hace una llamada al «corazón» humano, que no puede ser sometido a generalización alguna. *Con la categoría del corazón» cada uno es individuado singularmente incluso más que por el nombre*, es alcanzado en eso que lo determina de modo único e irreplicable, es definido en su humanidad «desde el interior».

5. La imagen del hombre de la concupiscencia concierne, ante todo, a su intimidad. La historia del «corazón» humano después del pecado original está escrita bajo la presión de la triple concupiscencia, con la que también enlaza la imagen más profunda del *ethos* en sus diversos documentos históricos. Sin embargo, esa intimidad es también la fuerza que determina el comportamiento humano «exterior» y la forma de múltiples estructuras e instituciones en el nivel de la vida social. Si desde estas estructuras e instituciones deducimos los contenidos del *ethos*, en sus variadas formulaciones históricas, siempre encontramos este aspecto íntimo, propio de la imagen interior del hombre. Esta, en efecto, es el componente más esencial. Las palabras de Cristo en el sermón de la montaña y especialmente las de Mateo 5, 27-28, lo indican de modo inequívoco. Ningún estudio sobre el *ethos* humano puede dejarlas de lado con indiferencia.

Por lo tanto, en nuestras reflexiones sucesivas, procuraremos someter a un análisis más pormenorizado ese enunciado de Cristo que dice: «habéis oído que se dijo: *no cometerás adulterio*-, pero yo os digo: todo el que mira a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella en su corazón» (o bien: «ya la ha hecho adúltera en su corazón»).

Para comprender mejor este texto analizaremos primero cada una de sus partes, a fin de obtener después una visión global más profunda. Tomaremos en consideración no solamente a los destinatarios de entonces, que escucharon con sus propios oídos el sermón de la montaña, sino también, en lo posible, a los contemporáneos, hombres de nuestro tiempo.



4) **Catequesis 49 La redención del cuerpo**

1. Al comienzo de nuestras consideraciones sobre las palabras de Cristo en el sermón de la montaña (*Mt 5,27-28*) constatamos que éstas contienen un profundo significado ético y antropológico. Se trata aquí del pasaje en el que Cristo recuerda el mandamiento: «no cometerás adulterio», y añade: «todo el que mira a una mujer para desearla, ya ha cometido adulterio con ella (o respecto a ella) en su corazón». Hablamos de significado ético y antropológico de esas palabras, porque aluden a las dos dimensiones estrechamente unidas del *ethos* y del hombre «histórico». En el curso de los análisis anteriores hemos procurado seguir estas dos dimensiones, teniendo siempre en cuenta que las palabras de Cristo están dirigidas al «corazón», es decir, al hombre interior. El hombre interior es el sujeto específico del *ethos* del cuerpo, y Cristo quiere impregnar con esta idea la conciencia y la voluntad de sus oyentes y discípulos. Es indudablemente un *ethos* «nuevo». Es «nuevo» en comparación con el *ethos* de los hombres del Antiguo Testamento, como ya procuramos mostrar en análisis más pormenorizados. Es «nuevo» también respecto al estado del hombre «histórico», posterior al pecado original, es decir, respecto al «hombre de la concupiscencia».

Es, por lo tanto, un *ethos* «nuevo» en un sentido y en un alcance universales. Es «nuevo» respecto a cada hombre, independientemente de las longitudes y latitudes geográficas e históricas.

2. A este «nuevo» *ethos*, que emerge desde la perspectiva de las palabras de Cristo pronunciadas en el sermón de la montaña, ya lo hemos llamado otras veces «ethos de la redención» y, con más precisión, *ethos* de la redención del cuerpo. Hemos seguido en esto a san Pablo, que en la Carta a los Romanos contrapone «la esclavitud de la corrupción» (*Rom 8,21*) y la sumisión «a la caducidad» (ibíd. 8,20) —de la que se ha hecho partícipe toda la creación a causa del pecado— con el deseo de la «redención de nuestro cuerpo» (ibíd. 8,3). En este contexto, el Apóstol habla de los gemidos de «toda la creación», que «nutre la esperanza de ser también ella liberada de la esclavitud de la corrupción, para entrar en la libertad de la gloria de los hijos de Dios» (ibíd. 8,20-21). De este modo san Pablo desvela la situación de todo lo creado, y en particular la del hombre después del pecado. Algo especialmente significativo de esta situación es esa aspiración que —junto con la nueva «adopción como hijos» (ibíd. 8,23)— tiende precisamente a la «redención del cuerpo», presentada como el fin, como el fruto escatológico y maduro del misterio de la redención del hombre y del mundo, realizada por Cristo.

3. ¿En qué sentido, por tanto, podemos hablar del *ethos* de la redención y, especialmente, del *ethos* de la redención del cuerpo? Debemos reconocer que en el contexto de las palabras del sermón de la montaña (*Mt 5,27-28*), que hemos analizado, este significado no aparece todavía en su plenitud. Se manifestará más completamente cuando examinemos las palabras en las que Cristo se refiere a la resurrección (cf. *Mt 22,30; Mc 12,25; Lc 20,35-36*).



Sin embargo, no hay duda alguna de que también en el sermón de la montaña Cristo habla en la perspectiva de la redención del hombre y del mundo (y por tanto de la «redención del cuerpo»). Esta es, de hecho, la perspectiva del Evangelio entero, de toda la enseñanza, más aún, de toda la misión de Cristo. Y si bien el contexto inmediato del sermón de la montaña indica la Ley y los Profetas como el punto de referencia histórico propio del pueblo de Dios de la Antigua Alianza, sin embargo, no podemos olvidar jamás que en la enseñanza de Cristo la referencia fundamental a la cuestión del matrimonio y al problema de las relaciones entre el hombre y la mujer se remonta al «principio». Esa referencia sólo puede ser justificada por la realidad de la redención; fuera de ella, en efecto, permanecería únicamente la triple concupiscencia o bien esa «esclavitud de la corrupción» de la que escribe el Apóstol Pablo (*Rom 8,21*). Sólo la perspectiva de la redención justifica la referencia al «principio», o sea, la perspectiva del misterio de la creación en la totalidad de la enseñanza de Cristo acerca de los problemas del matrimonio, del hombre y de la mujer y de su relación recíproca. Las palabras de *Mt 5,27-28* se sitúan, en definitiva, en la misma perspectiva teológica.

4. En el sermón de la montaña Cristo no invita al hombre a volver al estado de la inocencia originaria, porque la humanidad la ha dejado detrás de sí irrevocablemente, pero *lo llama a encontrar* —sobre el fundamento de los significados perennes y, por así decir, indestructibles de lo que es «humano» — *las formas vivas del «hombre nuevo»*. De este modo se establece un vínculo e incluso una continuidad entre el «principio» y la perspectiva de la redención. En el *ethos* de la redención del cuerpo deberá ser retomado nuevamente el *ethos* originario de la creación. Cristo no cambia la Ley, sino que confirma el mandamiento: «no cometerás adulterio». Pero, al mismo tiempo, dirige el entendimiento y el corazón de los oyentes hacia la «plenitud de la justicia» querida por Dios Creador y Legislador, que este mandamiento encierra en sí. Tal plenitud es descubierta: primero, con una visión interior «del corazón», y después, con un modo adecuado de ser y de actuar. La forma del «hombre nuevo» puede surgir de este modo de ser y de actuar, en la medida en que el *ethos* de la redención del cuerpo domina la concupiscencia de la carne y a todo el hombre de la concupiscencia. Cristo indica con claridad que el camino para llegar aquí debe ser el camino de la templanza y del señorío sobre los deseos, y esto desde su misma raíz, desde la esfera puramente interior («todo el que mira para desear...»). El *ethos* de la redención contiene en cada ámbito —y directamente en la esfera de la concupiscencia de la carne— el imperativo del dominio de sí, la necesidad de una continencia inmediata y de una templanza habitual.

5. Sin embargo, la templanza y la continencia no significan —si es posible expresarse así— una suspensión en el vacío: ni en el vacío de los valores ni en el vacío del sujeto. El *ethos* de la redención se realiza en el señorío sobre sí mismo mediante la templanza, es decir, la continencia de los deseos. El corazón humano queda vinculado por medio de este comportamiento al valor, del que se habría alejado, a través del deseo, obrando de otro modo, orientándose hacia la pura concupiscencia privada de valor ético (como hemos dicho en el análisis precedente). En el terreno



del *ethos* de la redención la unión con ese valor mediante un acto de dominio es confirmada o restablecida con una fuerza y una firmeza todavía más profundas. Se trata del valor del significado esponsal del cuerpo, del valor de un signo transparente mediante el cual el Creador —junto con la perenne atracción recíproca del hombre y de la mujer a través de la masculinidad y feminidad— ha inscrito en el corazón de ambos el don de la comunión, es decir la misteriosa realidad de su imagen y semejanza. De este valor se trata en el acto del dominio de sí y de la templanza a la que se refiere Cristo en el sermón de la montaña (*Mt*5,27-28).

6. Este acto puede dar la impresión de la suspensión «en el vacío del sujeto». Puede dar tal impresión sobre todo cuando es necesario decidirse a realizarlo por primera vez, y todavía más cuando se ha creado la costumbre contraria, cuando el hombre se ha habituado a ceder ante la concupiscencia de la carne. Sin embargo, incluso la primera vez, y tanto más si adquiere después la correspondiente capacidad, el hombre tiene una experiencia gradual de la propia dignidad y, mediante la templanza, verifica el propio autodomínio y muestra *cómo realiza lo que en él es esencialmente personal*. Además, experimenta gradualmente la libertad del don, que por un lado es la condición, y por otro la respuesta del sujeto al valor esponsal del cuerpo humano en su feminidad y masculinidad. Así pues, el *ethos* de la redención del cuerpo se realiza a través del dominio de sí, a través de la templanza de los «deseos», cuando el corazón humano estrecha la alianza con este *ethos*, o mejor *la confirma mediante la propia subjetividad integral*: cuando se manifiestan las posibilidades y las disposiciones más profundas y más reales de la persona, cuando adquieren voz los estratos más profundos de su potencialidad, a los que la concupiscencia de la carne, por así decirlo, no consentiría manifestarse. Estos estratos no pueden tampoco surgir cuando el corazón humano está anclado en una sospecha permanente, como resulta de la hermenéutica freudiana. No pueden manifestarse tampoco cuando en la conciencia domina el «anti-valor» maniqueo. En cambio, el *ethos* de la redención se basa en la estrecha alianza con estos estratos.

Posteriores reflexiones nos probarán lo ahora dicho. Al terminar nuestros análisis sobre el enunciado de Cristo según *Mt* 5,27-28, tan significativo, vemos que en éste el «corazón» humano es sobre todo objeto de una llamada y no de una acusación. Al mismo tiempo, debemos admitir que la conciencia de la pecaminosidad en el hombre «histórico» no sólo es un punto de partida necesario, sino también una condición indispensable de su aspiración a la virtud, a la «pureza de corazón», a la perfección. El *ethos* de la redención del cuerpo permanece profundamente arraigado en el realismo antropológico y axiológico de la revelación. Al referirse, en este caso, al «corazón», Cristo formula sus palabras del modo más concreto: el hombre es único e irreplicable sobre todo a causa de su «corazón», que decide acerca de sí mismo «desde el interior». La categoría del «corazón» es, en cierto sentido, el equivalente de la subjetividad personal. El camino del llamamiento a la pureza del corazón, tal como ha sido expresado en el sermón de la montaña, es en todo caso reminiscencia de la soledad originaria, de la que fue liberado el hombre-varón mediante la apertura al



otro ser humano, a la mujer. La pureza de corazón se explica, a fin de cuentas, mediante la relación con *el otro sujeto, que es originaria y permanentemente «con-llamado»*.

La pureza es exigencia del amor. Es la dimensión de su verdad interior en el «corazón» del hombre.

5) Concretando

1. ¿Qué luz arroja el comentario de Juan Pablo II al texto de Mt 5,27-28? ¿Cómo educar la mirada?
2. ¿Qué es el “corazón” para las catequesis? ¿Qué importancia tiene para el matrimonio?
3. ¿Es necesaria la redención del cuerpo?
4. ¿Qué es y cómo vivir la pureza del corazón?

6) Práctica familiar

Durante este curso la propuesta de práctica tiene relación con la *ruminatio* del Evangelio del domingo siguiente que hacemos en familia. Se trata de rezar juntos la oración que San Juan Pablo II escribió para el sínodo de la familia de 1980, encomendando todas nuestras intenciones familiares a la intercesión del santo.